

# Redes de migración entre los jornaleros agrícolas en Morelos

Kim Sánchez Saldaña\*

La migración de jornaleros agrícolas en México es un fenómeno de gran importancia en la actualidad, que involucra a cientos de miles de familia rurales de escasos recursos que se movilizan fuera de sus regiones de origen en busca de un ingreso salarial. Guerrero ocupa el primer lugar entre las entidades de expulsión más relevantes del país, con corrientes migratorias masivas que han entretelado diversas redes a lo largo de sus trayectorias como trabajadores del campo.

De acuerdo con una encuesta realizada a 8 117 jornaleros jefes de hogar en las principales regiones agrícolas del país, el 29.3% de ellos había nacido en Guerrero (Grammont y Lara, 2004).

La mayoría de estos desplazamientos son de carácter temporal y tienen como principal destino los grandes polos de atracción de mano de obra en el noroeste del país, orientados a la agroexportación. Pero también otras regiones agrícolas de menor escala son escenario de múltiples flujos de población que cubren una intensa demanda de trabajo en diferentes cosechas para la agroindustria, el mercado nacional de productos frescos y el comercio exterior. La magnitud, temporalidad, modalidades de contratación y origen de estos contingentes de trabajadores varían en cada caso.

En este contexto, el estado de Morelos cuenta con algunos cultivos que se han articulado con diversos movimientos migratorios: la caña de azúcar, el ejote, el jitomate y el angü. La

---

\* Profesora investigadora del Departamento de Antropología, Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos.



especialización regional en la producción agrícola y la mano de obra requerida, así como la forma en que se fueron conformando sus propios mercados laborales, han dado lugar a nichos diferenciados para esta población migrante.

La entidad de origen de la mayor parte de los jornaleros agrícolas que llegan a Morelos es Guerrero y en menor proporción de Oaxaca y Puebla. Los guerrerenses provienen de comunidades indígenas nahuas, mixtecas y tlapanecas localizadas en las regiones de La Montaña, Costa-Montaña, Norte y Centro. Viajan solos, en grupo o acompañados de familiares y permanecen en campamentos o localidades cercanas a los campos agrícolas donde se contratan. Cuando concluyen las respectivas temporadas de cosecha, generalmente, retornan a sus pueblos; una minoría tiende a establecerse y se mantienen vinculados a las labores del campo.

Sus empleadores son, por lo común, pequeños productores que no pueden ofrecer un empleo estable y continuo toda la temporada, pero cuya eficiencia productiva depende de la disponibilidad de mano de obra eventual, flexible y barata.

Las redes sociales de los migrantes cumplen un papel fundamental para que, pese a sus limitaciones, esta articulación se produzca y reproduzca en el tiempo. Sus funciones son múltiples: desde la posibilidad de acceder al empleo, negociar sus condiciones de trabajo y sobrellevar la vida cotidiana en un medio ajeno a su comunidad, su lengua y sus costumbres.

Antes de ahondar en la importancia que tienen estas redes se describen brevemente las principales regiones agrícolas de Morelos que ocupan mano de obra foránea y algunas de sus características. Cabe mencionar que no existe un registro fiable del volumen de esta migración temporal, pero en cálculos conservadores se puede considerar que representan una población de cinco a siete mil personas, entre trabajadores y acompañantes, distribuidas en diferentes regiones y épocas del año.

No están registrados en la pea agrícola pese a su importancia, ni existen datos confiables sobre la magnitud de los trabajadores migrantes, ya que su número y tiempo de estadía son variables. Estimaciones del Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas de la Sedesol indican que



esta población ha llegado hasta diez mil personas, no obstante, también consideran que ha aumentado la tendencia al asentamiento de familias que engrosan las filas de los peones locales.

### **Polos de atracción de jornaleros migrantes**

En primer lugar, se encuentra la zona cañera de los valles irrigados, la cual tiene mayor antigüedad en el empleo de fuerza de trabajo estacional para la zafra. La contracción de la agroindustria azucarera en Morelos, agudizada en años recientes por diferentes conflictos de alcance nacional, se ha traducido en el cierre de ingenios, reducción de las superficies de siembra, maquinización parcial del corte, entre otros y con todo ello, menor demanda de trabajo. Este hecho, aunado al asentamiento de algunos migrantes en periodos previos, ha llevado a una drástica disminución de los jornaleros foráneos. En la actualidad, los trabajadores transitorios llegan a siete albergues o campamentos cañeros que abastecen los ingenios de Emiliano Zapata de Tlaltizapán y La Abeja de Casasano. Las condiciones de trabajo en el cañaveral son, por demás, precarias y perciben bajas remuneraciones por su ardua labor.

En segundo lugar, se encuentra la región ejotera, al oriente de la entidad, sustentada en la actividad de pequeños productores que venden al mercado interno y, en menor medida, para exportación. En la última década se registra una mayor superficie sembrada y sus necesidades de mano de obra para la cosecha entre noviembre y marzo. Existe un arraigado sistema de intermediarios laborales, los capitanes, que controlan cuadrillas de 20 a 60 peones y en donde se incorpora mano de obra familiar. Los migrantes se dirigen a unas pocas localidades que funcionan como centros de operación de este mercado de trabajo. También en este caso ha habido cierta tendencia de los migrantes a establecerse en asentamientos precarios en Tenextepango, municipio de Ayala.

En tercer lugar, está la producción de jitomate en la región conocida como los Altos de Morelos. Incluye, asimismo, el cultivo de otras hortalizas de temporal como el pepino y el tomate, cuya estacionalidad difiere del resto. La demanda se concentra en los meses de agosto a octubre y destaca por la ausencia de intermediarios. Los trabajadores se contratan directamente con los productores cada día, pues el tamaño de las parcelas y oscilaciones de la demanda limitan la ocupación continua. Sólo unas cuantas familias han decidido quedarse en Morelos.



Por último, en el sur de la entidad se encuentra un enclave empresarial dedicado al cultivo de angú, una hortaliza no tradicional de exportación que aglutina en campamentos agrícolas a los jornaleros migrantes que son trasladados desde sus comunidades junto con familiares a partir de noviembre. La empresa ha promovido que algunos de los migrantes se conviertan en “encargados” de sus “paisanos”, que operan como intermediarios laborales.

### **Las redes en el reclutamiento y el ámbito laboral**

De acuerdo con diferentes circunstancias históricas, cada región agrícola ha establecido puentes de contacto con un número variable de localidades de Guerrero que, a la postre, son su ámbito privilegiado de aprovisionamiento de mano de obra. No es difícil imaginar que luego de que uno o más migrantes consiguieron emplearse en determinados cultivos, alentaron a sus parientes y amigos a trabajar en la siguiente temporada. En muchas ocasiones, los propios productores y encargados ofrecieron a aquellos primeros contactos el compromiso de contratar a los “paisanos” que vinieran dispuestos el próximo año. Incluso, en algunos casos, la creciente demanda de mano de obra llevó a al reclutamiento directo en los pueblos de origen de los migrantes por medio de “enganchadores” y a brindarles algún alojamiento.

El surgimiento y desarrollo de estos mercados de trabajo avanzaron así apoyados en las redes sociales que son conjuntos de lazos interpersonales que conectan a los migrantes, primeros migrantes y no-migrantes en las áreas de origen y destino mediante lazos de parentesco, amistad y de compartir un origen común, ya que los lazos interpersonales facilitaron la difusión de las oportunidades de trabajo y sus ventajas relativas, fueran éstas la cercanía, la estacionalidad, el salario y las modalidades de pago, el transporte de bajo costo o gratuito. Claro está que para muchos migrantes esta experiencia laboral ha sido ocasional o descartada por diversas razones, entre las que destacan el predominio de la inseguridad laboral y los riesgos de desempleo por sobreoferta de trabajadores. Muchos de estos jornaleros prefieren emplearse con grandes empresas que dan cierta garantía de trabajo por varios meses, vivienda gratuita (aunque sea precaria) y traslado, aunque sea a gran distancia de sus pueblos como Sinaloa, y con sueldos iguales o más bajos.

Las redes sociales también han estado presentes en el funcionamiento de los sistemas de intermediación laboral que controlan cabos, capitanes y encargados (excepto en la región



jitomatera). En la medida en que el acceso al trabajo, así como la continuidad del empleo dependen de una buena relación con éstos —y por supuesto de su desempeño laboral—, los jornaleros recurren a las redes familiares y de paisanaje para obtener mejores oportunidades. Por su parte, los intermediarios pueden utilizar eficazmente estos vínculos para reclutar y organizar las cuadrillas, lograr cierta lealtad y disciplina en el trabajo. En el caso de los capitanes, por ejemplo, los migrantes empleados como “envasadores” pueden operar como punta de una madeja de redes parentales y de vecindad que ayudan a regular la oferta y demanda de mano de obra, así como el conjunto de las relaciones laborales con la cuadrilla.

En el ambiguo y dinámico rol de los intermediarios como representantes de los empleadores y de los propios trabajadores, las redes sociales de los migrantes y sus mecanismos informales cumplen una importante función en hacer que aquellos negocien mejores condiciones de trabajo y de vida. Por medio de éste y de otros recursos, los migrantes tratan de apropiarse de sus lugares de trabajo, dependan o no para ello de los intermediarios, a modo de contrarrestar la inestabilidad, la competencia y la precariedad del medio en que se desenvuelven.

Al mismo tiempo de ser un medio de defensa ante la segregación ocupacional de los migrantes en el medio rural, la autosegregación, que se atrinchera en las redes propias, retroalimenta una segmentación del mercado de su trabajo.

### **Las redes sociales en la vida cotidiana del migrante**

Más allá del ámbito laboral, los migrantes y sus familias se enfrentan durante su estadía en Morelos a una cultura, un lenguaje y un medio ambiente distintos que, con el tiempo, se habitúan a aceptar y a los que tratan de adaptarse de la mejor manera posible.

Una vez más, las redes pueden hacer más llevadera su estancia, proporcionando un espacio social de intercambio de favores y servicios, o simplemente de convivencia con personas cercanas y afines a su cultura. La vivienda del migrante —sea ésta un campamento, cuarto alquilado o “ranchito” provisional— es un lugar en el que buscan aglutinarse por filiación varias familias. Sus “anfitriones” también prefieren hospedar a grupos emparentados entre sí, pues consideran que ello evita conflictos.



Además del ámbito doméstico, en las localidades morelenses receptoras de estos migrantes, plazas y canchas deportivas u otros lugares públicos, son frecuentados luego de la jornada o en días de “raya” por hombres jóvenes y familias no sólo para abastecerse de alimentos, sino como punto de encuentro con amigos, paisanos o parientes que trabajan en otras cuadrillas o viven separados. Un aspecto muy importante es participar de la información que circula sobre el propio mercado laboral, pero también forma parte de los canales de comunicación de los migrantes con sus pueblos, en donde los recién llegados y quienes van de regreso contribuyen a circular noticias, dinero y otros bienes entre el nicho laboral y el lugar de origen.

Estos momentos de esparcimiento son más comunes en la región jitomatera, donde la jornada laboral es menor y viven dispersos en los mismos poblados a donde llegan, a diferencia de los cortadores de angú cuyos campamentos están un poco alejados de la vida cotidiana de las localidades que los reciben.

### **Redes, territorios migratorios y relaciones interétnicas**

Un caso ilustrativo de la manera en que estos grupos se mantienen vinculados con sus comunidades lo encontramos en Totolapan. Ahí, varias familias tlapanecas intensifican sus contactos a través de familiares o amigos que llegan a trabajar temporalmente en época de cosecha. Se suma a ello las visitas al pueblo, cuando su ahorro se los permite, en ocasión de fiestas familiares, del ciclo ceremonial u otros compromisos. Más allá de tales vínculos tradicionales, las comunidades en cuestión se encuentran articuladas con una larga experiencia en el corte de jitomate en Sinaloa, a donde año con año se dirigen importantes contingentes de familias de sus localidades y otras vecinas. En tales circunstancias, los asentados en Totolapan pueden recurrir fácilmente a las redes que ya existen con los sistemas de intermediación que los reclutarían para trabajar en el noroeste del país. Aunque dicha posibilidad es más bien socorrida, en caso de deudas, siempre está abierta.

Como ya se ha mencionado, en las diferentes corrientes de jornaleros agrícolas se han desprendido familias que están en proceso de asentamiento o ya son residentes con cierta antigüedad en Morelos. Ejemplo de estos núcleos son colonias y barrios de los municipios de Tlalquiltenango, Tlaltizapan y Xochitepec, que derivan de los migrantes cañeros y en donde aún se



forman cuadrillas para la zafra. Asimismo, en Totolapan en los Altos o en Tenextepango viven grupos de jornaleros que fuera de la temporada laboran en el campo o en la construcción.

Por otra parte, es oportuno considerar que el desarrollo de redes sociales también incluye los vínculos que los jornaleros migrantes han ido construyendo con la población local pues, a pesar de la elevada movilidad de esta población y de la relación fluctuante con los empleadores, se han formado flujos relativamente estables de jornaleros que se orientan a los mismos destinos. En sus recurrentes trayectorias, muchos han entablado relaciones con productores o intermediarios, dueños de cuarterías y otros pobladores locales. Entre los asentados, esas relaciones son más comunes e incluso han sido significativas en su inserción en el medio, pues les han permitido conseguir trabajo, el préstamo por parte de la población local de terrenos donde construyen sus viviendas a cambio de mantener limpio el lugar de malezas y basura, entre otros. Tales intercambios de ayuda mutua o en solidaridad con los allegados son a veces fortalecidos con lazos de parentesco ritual a partir de los hijos nacidos en Morelos.

El hecho de que éstas sean relaciones marcadas por su carácter interétnico y socialmente asimétrico, no impide que sean parte del capital social que los migrantes integran en sus estrategias de subsistencia. Por su parte, los productores morelenses tienen en alta estima el trabajo de estos jornaleros por su gran rendimiento, resistencia física y disponibilidad para ajustarse al ritmo variable de las cosechas. Esta eficiencia y disciplina son, en buena cuenta, resultados de la habilidad manual en labores agrícolas y artesanales forjadas en la familia indígena tradicional, así como de la especialización adquirida como jornaleros por generaciones. Son trabajadores muy calificados y, sin embargo, considerados como el último escalafón ocupacional del medio rural obligados a precarias condiciones laborales y limitado nivel de bienestar justificados por la discriminación social y cultural de los morelenses respecto a los “indios” de Guerrero.

La vulnerabilidad social de los jornaleros migrantes y asentados redimensionan la importancia de las redes sociales, fortaleciendo con ello un espacio de recreación cultural e identitaria. Paradójicamente, estas redes también han facilitado la construcción de un amplio mercado laboral disperso y escalonado que propicia la movilización de individuos y familias guerrerenses por diferentes regiones del país.

